

rio fijar en nosotros el trabajo conservado y acumulado de muchos cientos de generaciones. Se han necesitado millones de hombres para inventar y perfeccionar estos métodos que desarrollan el cuerpo, cultivan el espíritu y forman las costumbres. Pensad en el contenido de estas palabras; «una educación perfecta.» Hacerse apto para la marcha, la carrera, la lucha, la esgrima, la equitación, y para todos los ejercicios del cuerpo; poseer muchas lenguas, hacer versos, música, dibujo, pintura, reflexionar y razonar; plegarse á las costumbres, á los usos y á las conveniencias sociales; cada uno de estos actos y muchos otros han llegado á ser habituales, un modo casi mecánico de nuestra vida, y de esta fusión es de la que resulta la educación perfecta. Ha sido necesario crear en nosotros, por una multitud de procedimientos artificiales, una segunda naturaleza que envuelve tan bien á la primera, que parece haberla absorbido. Pero muy á menudo no pasa esto. No es raro encontrar en nuestros días, en familias colocadas muy alto, aun entre príncipes, hombres que esta sabia educación recubre, pero no modifica; no es más que un barniz brillante que al primer choque cae como escamas, y entonces la verdadera naturaleza, es decir, la brutal, aparece con sus instintos salvajes y sus apetitos desenfrenados; de un solo golpe rompe todos los lazos con que la civilización le había sujetado, y se encuentra en la barbarie como en su país natal. Causa asombro muchas veces que pueblos muy civilizados, dulces, humanos y caritativos en tiempo de paz, desde que estalla la guerra se abandonan á todos los excesos; es que la guerra, siendo el retorno al estado salvaje, resucita la naturaleza primitiva del hombre, anterior á toda cultura, y lo vuelve con sus atrevimientos heroicos, su culto á la fuerza y su codicia sin límites. «La civilización, como ha dicho Carlyle, no es más que una envoltura bajo la cual la naturaleza salvaje del hombre puede arder por siempre con un fuego infernal.»

No olvidemos nunca estos hechos, y guardémosnos de creer que la educación pueda explicarlo todo. No queremos de ningún modo con esto disminuir su importancia. ¿No es por ella por lo que con el esfuerzo de los siglos se nos ha hecho lo que somos? Por otra parte, reinar sobre naturalezas medias es todavía una hermosa obra; de modo que si son las naturalezas superiores las que *obran*, son las medianas las que *reobran*; y la historia nos enseña que la marcha de la humanidad resulta tanto de las reacciones que retrasan el movimiento como de las acciones que lo precipitan.

III

Podemos ahora examinar qué papel juega la herencia en la formación de los hábitos morales. Nuestra tarea sería bastante sencilla, si la génesis de las ideas morales y la historia del desenvolvimiento hubiesen estado ya hechas. Si alguno, colocándose en el punto de vista de la doctrina de la evolución, hubiese mostrado por qué fases sucesivas ha debido pasar la moralidad humana para elevarse de las formas inferiores de la vida salvaje á las formas superiores de la civilización actual; si los diversos momentos de este progreso hubiesen sido anotados de manera que se pudiese seguir su filiación lógica y comprender por qué la una ha precedido y la otra la ha seguido, en qué la primera ha sido la condición de la segunda, nos será fácil descubrir el papel de la herencia como factor de este desenvolvimiento. Desgraciadamente la génesis de las ideas morales no ha sido trazada nunca de una manera completa; y esta es una obra que no puede ser intentada más que por un maestro. Estamos, pues, reducidos á intentar hacer un grosero é informe bosquejo.

Para hacer este trabajo hay dos métodos posibles: ó bien procediendo por análisis, partir de las ideas morales actuales, manifestadas en las costumbres, las leyes,

las opiniones de los pueblos civilizados, y de aquí remontando el curso de la historia, separando todos los sentimientos de reciente formación, para llegar así de simplificaciones en simplificaciones á la base, á la condición esencial de toda moral, ó bien procediendo por síntesis, partir de las sociedades más groseras, y después, con la ayuda de la antropología, de la psicología, de la lingüística y de la historia, determinar la evolución de las ideas morales y su marcha continua de lo simple á lo complejo. Hay necesariamente un momento en el que la historia nos falta: como la historia es la conciencia de los pueblos civilizados, necesita la continuidad de las tradiciones orales ó escritas; ¿y cómo había de existir esta continuidad en pueblos sin artes, sin monumentos, y que viven estrictamente al día? Pero allí donde la historia falta, la antropología puede servir aun de guía.

No se trata aquí, notémoslo, de emprender esta tarea, sino de dejar entrever el papel que la herencia ha podido jugar en la génesis de las ideas morales.

Notemos primero que el acto moral comprende un gran número de ideas, de juicios y de sentimientos; como el influjo de la herencia sobre el desenvolvimiento de la sensibilidad y de la inteligencia ha sido ya establecido, resulta que la herencia tiene también un gran influjo sobre la formación de los hábitos y de las ideas morales: la herencia moral no es más que una formación de la herencia psicológica. Aquí, pues, como en el capítulo precedente, la herencia puede ser considerada bajo dos formas, según que *conserva* ó según que *crea* los hábitos morales.

Insistir sobre su papel conservador sería caer en repeticiones inútiles. Por otra parte, el mantenimiento de hábitos morales depende en una gran parte de la educación y de las instituciones sociales.

Su papel en la *génesis* de estos hábitos, es más oscuro, pero más importante para nosotros. Veamos, á

pesar de las dificultades de la materia, cómo puede concebirse, y tratemos ante todo de poner el problema en términos claros.

Actualmente en todos los pueblos civilizados, los principios más generales de la moral son los mismos. Yo no creo que se presenten en este respecto, dudas serias, aunque una nación, una secta, una casta pueda considerar como obligatorias prácticas ridículas para nosotros. Que estos principios generales vengan de un sentido moral, ó de un imperativo categórico grabado en nosotros, ó de una organización de la experiencia (utilidad): todo esto nos es indiferente por el momento. Estos principios generales no tienen en definitiva nada de místicos. No son más que las condiciones de existencia de toda vida social. La sociedad, aun la más sencilla, no puede vivir más que en condiciones determinadas. Suponed una sociedad cuyos miembros consideren como bueno, ó simplemente indiferente, matarse entre sí, robarse, ó los padres abandonen á sus hijos, ó los hijos maltraten á sus padres: es perfectamente claro que una sociedad semejante no podrá subsistir, perecerá por un vicio inherente á su misma constitución. Tanto valdría decir que un acéfalo ó un hidrocéfalo podría vivir y perpetuarse, lo cual sería un absurdo fisiológico. Es inevitable que perezca todo monstruo, todo organismo que está fuera de las condiciones normales de la existencia; esto es también verdad para el cuerpo social. Ahora bien, la moral reducida á lo que tiene de esencial, consiste en aquellas condiciones de existencia sin las cuales el hombre desaparece. No hay, pues, aquí, convenio, es una gran verdad decir que la moral es *natural*, puesto que es una consecuencia necesaria de la *naturaleza* misma de las cosas. Se puede decir por lo mismo que es inmutable, necesaria, imperativa, no tomando estas palabras en el sentido vago, trascendental é incomprensible que se les da en general, sino en un sentido preciso, positivo, incontestable.

ble, pues significan que su estabilidad es la de la naturaleza y su necesidad la de la lógica (1).

Si de la época actual nos remontamos á través de la Edad Media hasta la época greco-romana, nos encontraremos estos mismos principios fundamentales sólidamente establecidos en las leyes y en los escritos de los filósofos. Remontémonos más todavía: los vemos inscritos en los monumentos egipcios, en la ley mosaica, en el código del Manú y en los libros sagrados de la China; documentos que son ellos mismos el eco de una tradición más antigua. Pero estos cinco ó seis mil años representan el período de consolidación de la moral, no su período de creación. Más allá de este pasado lejano ¿qué había, que ha pasado?

Dos hipótesis son posibles solamente: ó bien el hombre apareció entonces armado de todas armas, llevando en sí mismo la ley moral bajada del cielo, ó durante este oscuro período han sido puestas las bases de la moral, y han sido afirmadas poco á poco por la herencia.

La segunda hipótesis tiene de su parte todas las razones que apoyan la doctrina general de la evolución, de la cual no es más que un caso. Por eso se comprende que una de las tentativas más ingeniosas que se han hecho para explicar la génesis de la moral, haya sido debida á Darwin (2).

Notemos primero — este punto es muy importante — que la moralidad del hombre es un resultado de la sociabilidad. El hombre ha llegado á ser moral, por-

(1) Bain distingue en las acciones morales dos grandes clases: las que son necesarias al mantenimiento de la seguridad pública: estas son uniformes é invariables; las que son un asunto de puro sentimiento: estas son esencialmente variables según los tiempos y los países. (*The Emotions and the Will*, p. 269.)

(2) *La descendance de l'homme*, cap. III. — Véase también: Clifford, *Lectures and Essays*; Herbert Spencer, *The Data of Ethics*, cap. VII, y Carta á Mill en *Bain's Mental and moral science*. Se encontrará una excelente exposición de la tesis de Darwin en Guyau, *La morale anglaise contemporaine*, p. 151.

que es sociable. La moralidad ha influido á su vez sobre el estado social; pero antes de devenir una causa ha sido un efecto. Es, pues, en los instintos sociales donde la moral tiene su fuente.

Ahora bien; «á juzgar por analogía con la gran mayoría de los cuadrumanos, los antepasados primitivos del hombre debían ser sociables». Así se han formado pequeñas tribus. Estas — lo mismo que los salvajes actuales — no considerarían probablemente «las acciones como buenas ó malas, más que en cuanto afectarían de una manera manifiesta al bienestar de la tribu, no al de la especie, ni al del individuo, considerado como simple miembro de la asociación. El sentido moral es así primitivamente derivado de los instintos sociales; refiriéndose ambos en primer término exclusivamente á la comunidad». Las tribus entre las que los instintos simpáticos eran muy débiles ó muy inestables, han debido perecer. La selección natural ha asegurado la supervivencia de los más altos, de aquellos que tenían en mayor grado el sentimiento de la solidaridad social (1).

¿Cómo en el hombre primitivo los instintos egoistas, tan intensos, tan desordenados, han podido ser dominados por los instintos sociales, únicos que encierran los gérmenes de la moralidad? Darwin ha mostrado al detalle (p. 91 y siguientes) cómo los instintos más duraderos triunfan naturalmente de aquellos que son menos persistentes. Hay aquí también un factor que es necesario tener en cuenta, á saber: la evolución de la inteligencia. Es así cómo, á la larga, el hombre primitivo ha venido á comprender la importancia de las virtudes individuales (dominio sobre sí mismo, tem-

(1) No se puede dudar que, si la triste historia de nuestra raza hubiera sido conservada en todos sus detalles, tendríamos numerosos ejemplos de tribus que han perecido por haber sido incapaces de concebir un sistema social ó las restricciones que él impone. — (Bain, *The Emot. and the Will*, p. 271.)

planza, etc.), y cómo se han sentado por completo las bases de la moralidad.

Pero no olvidemos que la forma de la moral está condicionada por la forma anterior de los instintos sociales. A tales instintos sociales, tal moral; á diferentes instintos sociales, una moral diferente. Esto es lo que Darwin ha hecho muy bien comprender por medio del ejemplo siguiente: «Si los hombres se produjeran en condiciones idénticas á las de las abejas, no es dudoso que las hembras no casadas considerarían como un deber sagrado matar á sus hermanos, y las madres intentarían destruir á sus hijas fecundas, sin que nadie encontrase nada que decir por esto (1).»

No tenemos que seguir la génesis del sentido moral en toda su evolución, dado caso de que se pudiese hacer; lo que precede es suficiente. ¿Qué papel desempeña la herencia en este periodo de formación?

Las tribus mejor dotadas de instintos simpáticos y sociales han debido, como ya hemos visto, triunfar en la lucha por la existencia, y han debido también transmitir estas cualidades á sus descendientes. Admitamos, sin embargo, que esta transmisión no haya tenido lugar ó haya sido de poca duración: en este caso, han sido suplantadas por otras en las que la transmisión se ha efectuado. La herencia conserva siempre sus derechos. Juega al mismo tiempo partidas innumerables; pierde en una y gana en mil.

Al mismo tiempo que mediante ella aumenta en cada generación la posibilidad de una disciplina moral y recibe una base orgánica, el influjo naciente de la educación, de las costumbres, de la religión, obra desde fuera en el mismo sentido. El hombre, á causa de un hábito continuo, puede adquirir bastante imperio sobre sí mismo para que sus pasiones y sus deseos acaben por ceder al punto á sus simpatías sociales y hagan

(1) Darwin, *op. cit.*, p. 76.

cesar toda lucha entre ambas... Es posible, es hasta probable, que el hábito de mandarse á sí mismo sea hereditario como los demás. Así, el hombre llega á sentir por el hábito adquirido ó hereditario que le conviene más obedecer á sus instintos más persistentes. La imperiosa palabra *deber* no parece implicar más que la conciencia de un instinto persistente, innato ó en parte adquirido, que sirve de guía, aun cuando pueda ser desconocido y desobedecido (1).—Herbert Spencer sostiene una tesis análoga en otros términos: «Creo que los experimentos útiles, organizados y consolidados á través de todas las generaciones pasadas de la raza humana, han producido modificaciones correspondientes que por transmisión y acumulación continuas han llegado á convertirse en nosotros en ciertas facultades de intuición moral, en ciertos sentimientos que responden á una conducta buena ó mala; que no tienen base aparente en los experimentos de utilidad individual (2).»

Así que una tribu alcanza ese grado de organización, quedan establecidos los principios generales de la moral.

El periodo de consolidación que comienza entonces no difiere, por otra parte, más que en el grado, del periodo de génesis. Es el mismo proceso que continúa.

Hay conformidad en admitir que las sociedades primitivas han debido pasar por tres fases: el estado cazador, el estado pastor y el estado agricultor. Sólo con este último empieza la civilización.

En el estado cazador, que es el de los salvajes actuales, los pueblos viven de la caza, de la pesca y de la guerra. Lo que caracteriza esta fase es el desarrollo sin límites de los instintos guerreros, de los apetitos sanguinarios, de la vida aventurera y desordenada. Están entregados, como los micos, á todas sus tendencias sensuales ó turbulentas. Los pueblos que no han

(1) Darwin, *op. cit.*, p. 96.

(2) H. Spencer, *Lettre à Stuart Mill*, en Bain, *op. cit.* p. 721.

podido salir de este estado han desaparecido ó vegetan miserablemente esperando que una raza superior venga á borrarlos. Los que han podido someterse al yugo de algunas leyes toscas, impuestas por los más sabios, han adquirido á la larga, costumbres menos brutales y apetitos menos furiosos. Es muy verosímil que la herencia ha debido obrar aquí por acumulación. Las primeras generaciones no se han sometido sino con mucho trabajo á estas leyes que les tocaban en lo vivo, restringiendo sus tendencias más naturales. Han adquirido por lo tanto, algunos hábitos un poco más tranquilos; y estos hábitos, transmitidos por herencia, han hecho que las generaciones estuviesen más dispuestas á obedecer la ley. Tanto es así, que á pesar de muchas excepciones y retrocesos á los apetitos primitivos (fenómenos de atavismo), han sido posible progresos nuevos, y los instintos salvajes han disminuido gradualmente.

De esto mismo, pueblos nómadas como los tártaros y los mongoles, nos ofrecen aún un ejemplo. Sus costumbres son más dulces, sus hábitos son más sociales; pero su gusto por la vida aventurera los retiene en una forma inferior de civilización. La civilización tiene necesidad de estar ligada al suelo; necesita una vida sedentaria, ciudades, caminos, propiedades individuales, elementos fijos que son sus condiciones de existencia. Los turcos y los manchues han podido, por la acción de las leyes y de la herencia, perder los instintos nómadas de su raza y asociarse á la civilización de sus vencidos. Otros como los mongoles se han mostrado incapaces para esto después de haber tenido sus momentos de gloria en tiempos de Gengiskhan y Tamerlan.

Los pueblos destinados á la vida social han tenido pronto la agricultura con todo lo que ella supone: división de la propiedad, artes é instrumentos agrícolas, preocupación del porvenir. Aquí es donde comienza

la parte verdaderamente difícil y delicada de nuestra obra, que por falta de una génesis científica de las ideas morales somos incapaces de intentar. Se necesitaría demostrar cómo cada progreso de la civilización supone nuevas condiciones de existencia; cómo estas sencillísimas condiciones de existencia, que son, como ya lo hemos dicho, la base de toda moral, han sido substituidas por condiciones más y más complejas, que han hecho posible cada etapa de la civilización. Después sería preciso indicar el papel que la herencia juega en la adaptación á estas condiciones nuevas de las generaciones sucesivas.

Se ha preguntado si, estando así reducido lo esencial de la moral á leyes establecidas por anticipado y organizadas en nosotros por el trabajo de las generaciones anteriores, «que no podemos destruir porque no las hemos creado, que no podemos arrancar porque no las hemos puesto en nosotros», es decir, reducido á una especie de instinto, no podría este organismo moral ser obliterado por el desarrollo de la inteligencia; de tal suerte, que la conciencia individual destruyese lo que ha hecho la herencia (1). Innumerables ejemplos prueban que el instinto desaparece tan pronto como le puede substituir una conciencia clara. Aun en la moralidad el caso no es hipotético. No hablo de los criminales que parecen completamente desprovistos de sentido moral, y que en este concepto es más justo asimilar á los ciegos ó á los sordos de nacimiento; hombres muy inteligentes han podido destruir en sí todo sentido moral á fuerza de razonamientos y de cálculos.

Este problema interesa más bien al porvenir de la moral que á la herencia. Dudo, sin embargo, que esta previsión se realice. El instinto no desaparece sino ante una forma de actividad mental superior á él, y que le reemplaza con ventaja. La victoria de la inteligencia

(1) Véase sobre este punto un interesante capítulo de Guyau, *La morale anglaise contemporaine*, p. 318-333.

no es más que un caso de la «supervivencia del más apto». No podría matar el sentimiento moral sino encontrando otro mejor.

La herencia tiene no obstante un reverso. Si por acumulación contribuye al progreso, conserva también ó aporta al curso de la civilización sentimientos y tendencias que no están en relación con tal medio. Ya hemos presentado ejemplos. ¿No es bastante natural el considerar como hechos de atavismo esos instintos sanguinarios, esos gustos salvajes, esa pasión por las correrías locas y sin objeto, esa necesidad irresistible de aventuras que se encuentra en ciertos hombres, en apariencia muy civilizados? Ciertamente hay en estos vicios un fondo de poder y de grandeza tal, que su supresión total sería un enflaquecimiento de las fuerzas vivas de la humanidad: así, la obra de la civilización no consiste en destruirlos, sino en reglamentarlos. Ella utiliza estas actividades inquietas lanzándolas á los países salvajes y á las tierras vírgenes. Allí, fuera de la civilización, estos hombres trabajan para ella. Los que permanecen en un medio civilizado, sin poder adaptarse á él, no son más que una plaga, porque es la humanidad primitiva la que reaparece en ellos cuando su medio ha desaparecido.

Así la ciencia comprueba lo que muchas religiones habían previsto y expresado á su manera. Esto es, la creencia bastante común de que el hombre es un sér degradado que conserva la mancha del pecado original, transmitida por herencia. La ciencia interpreta esta vaga hipótesis. Sin investigar lo que la humanidad ha sido en su origen, está muy segura de que sus comienzos fueron muy humildes. El hombre primitivo, ignorante y sin ideas, entregado á las borrascas incesantes de sus apetitos y de sus instintos, que no son más que fuerzas de la naturaleza desencadenadas en él, no se ha educado sino lentamente hacia el ideal. Arte, poe-

sía, ciencias morales, todas estas manifestaciones, las más elevadas del alma humana, son como una planta delicada y preciosa, sembrada tarde, y que el trabajo prolongado de las generaciones ha fecundado. Ciertamente es tan imposible gobernar la vida sin ideal como un barco sin compás y sin estrellas; pero el ideal no se revela de un golpe, se descubre poco á poco. Cada pueblo ha tenido el suyo; cada generación también ha tenido el suyo, que ha servido á los demás para aspirar más alto, hacia un ideal más completo, del mismo modo que en las grandes montañas, á medida que se asciende, se abraza más vasto horizonte. Y en esta lenta conquista en que la humanidad trata de despojarse de lo que en ella hay de inferior, los instintos primitivos, que son más bien una mancha original, reaparecen á cada instante, indelebles, aunque disminuídos, para recordarnos, no una caída, sino la nada de que provenimos.